

CORPUS BARGA, VISTO POR J. A. GOYTISOLO

Goy P/ 1520

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

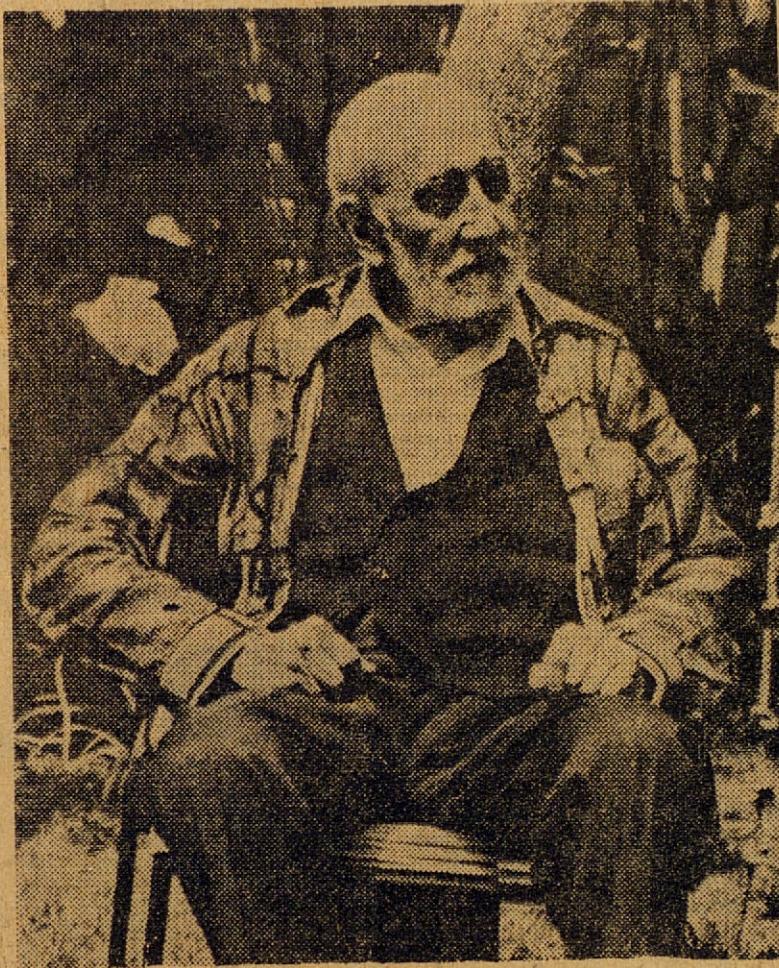
B34

Conozco a Corpus Barga, sí, o mejor dicho, él me conoce a mí, porque lo primero que debe decirse de él es que conoce a todo el mundo; un tipo increíble, de memoria prodigiosa, única. Fue más o menos así: hacia finales de la década de los cincuenta yo no sabía de Barga —pues se llama, en realidad, Andrés García de la Barga—, otra cosa que su seudónimo y alguna referencia sobre él en los escritos de la gente de su tiempo; por lo cual pensaba que debía ser un personaje de principios de siglo, muerto o desaparecido hacia tiempo. Fue por aquellos años cuando recibí carta suya, a raíz de la aparición de uno de mis libros, «Salmos al viento», me parece. Ya puede imaginarse, como si el pasado viniese a descubrir el presente, una cosa extrañísima. En la carta, además, me hablaba de los escritores de aquí como si él estuviese en España, cuando, en verdad, estaba en Lima desde la posguerra, exiliado como tantos. Citaba a Jaime Gil, a Valente, a Barral, a Ana María Matute, al Ferlosio, a mis hermanos, por no decir a los escritores madrileños —él era de Madrid.

Nos carteamos y la siguiente sorpresa ya no fue temporal, como la primera, sino local, pues un buen día de 1963 ó 64 se presentó en Barcelona, con tal naturalidad, que hasta le dolían las muelas y lo primero que hice fue acompañarle a la clínica Serraller, debajo del Consulado de Cuba, y continuamos hablando de las cosas y de la literatura de aquí, como podría hacer con quien nunca se ha movido de España y aún mejor, pues él sabía, como quien dice, todo.

Entonces me hice una idea de él, de lo que había sido Corpus Barga antes de marcharse: Un buscador incansable, un conocedor de todos los ambientes, un escuchador de primer orden, un animador magnífico entre bastidores. Una de esas personas, en fin, que retiene en la memoria todo lo interesante que ve y que va a buscar a donde sea lo que hay de interesante. Nació en 1887 y ya empezó a destacar como periodista antes de la Primera Guerra Mundial. Cuando ésta estalló, fue de corresponsal a París para el periódico «España»; luego trabajó en «El Sol», con Ortega, y más tarde para «La Nación» de Buenos Aires, desde Berlín. Durante todo ese tiempo publicó varios libros: «Clara Babel», «La vida rotá», «Un viaje en el año 19» y otros. Conocía todo España como la palma de la mano y, a donde no llegaba, llevaban sus cartas. Debe tener un archivo epistolar inmenso. En los años de exilio, ha sido director de la escuela de periodismo de la Universidad San Marcos de Lima.

Pero en verano de 1971 me tocó a mí visitarle en Lima y, entonces, todo era distinto: aquella ciudad sumergida en una nube que te cala hasta los huesos sin llover; la casita de dos plantas con jardín, en el barrio de Miraflores; Corpus Barga con el pelo blanquísimo, los ojos centelleantes, los gestos expresivos, enfundado en una bata



Corpus Barga, en la actualidad, a sus 86 años

languisima, con zapatillas de piel de conejo, rodeado de su hija, de nietos, tal vez de biznietos; al lado de su esposa, encantadora como él; y él protestando campechanamente contra su nieta o biznieta de cuatro años, que le quitaba algunas hojas mecanografiadas de las «Memorias», las imborrables memorias que nadie le puede quitar. Pero el cambio no consistía sólo en esto, ni siquiera en el hecho de que ahora los escritores limeños, como J. M. Oviedo, Mario Vargas, G. Thorndike, C. Calvo, Cisneros, W. Delgado y otros le reconozcan como ya se le reconoce en la península. Consistía, sobre todo, en que Corpus Barga había dado rienda suelta a su vena creadora, se había vuelto un auténtico creador. El da, simplemente, como explicación de su nueva etapa, el argumento de que ya está jubilado, de que es lástima que se pierdan sus innumerables recuerdos, de que tiene más tiempo que nunca. Pero lo cierto es que se ha descubierto a sí mismo como escritor, como gran escritor, modernísimo. Es la tercera gran sorpresa, más importante que su llegada desde el pasado, que su aproximación desde la lejanía: su nacimiento a los ochenta años como uno de los grandes autores españoles del siglo. Pero, aunque nació a los ochenta, y ahora ya tiene 87, no hay motivo para inquietarse; porque Corpus Barga no morirá hasta los ciento veinte, hasta los ciento cincuenta años, y aún me parece, y así lo quiere mi afecto por él, que es inmortal».

Nota. — Últimas obras publicadas por Corpus Barga, a las que alude, en la conversación transcrita aquí, Goytisolo: «Los contados: «Mi familia, el mundo de mi infancia» (1963), «Puerilidades burguesas» (1965), «Las delicias» (1967), «Los galgos verdugos» (1973), todos ellos en forma de autobiografía o memorias noveladas.

Por la transcripción

J. M. C.